

Luis González y González (1925-2003)

in memoriam

El elenco docente de El Colegio de México fue sobresaliente. Los españoles «trasterrados», como los denominó José Gaos, eran catedráticos acreditados. Constituían el núcleo más selecto de la intelectualidad española, formada bajo el régimen de Giner de los Ríos, del Instituto Libre de Enseñanza y del Instituto Escuela integrado por maestros formados en las más famosas universidades alemanas e inglesas, y los cuales habían llevado a esa institución, a ser modelo de sistemas pedagógicos y de profundidad en los estudios. Representaban esos maestros los frutos más acendrados del sistema universitario europeo existente desde la Edad Media, pero renovado, con ideas modernas y universales. Recio saber, disciplina y métodos firmes y seguros fueron los medios en que nos formamos. Los nombres de maestros auténticos, de pensadores profundos, de investigadores competentes como fueron García Vaca, Ramón Xirau, José Gaos, Agustín Millares Carlo, Francisco Barnés, José Carner, Concepción Muedra, Juan de la Encina, María Zambrano, Ramón Iglesias, representan lo mejor del magisterio español que dirigió a las primeras generaciones, que les transmitió un saber, una disciplina y métodos de trabajo excepcionales. A ellos hay que agregar a excelentes investigadores norteamericanos tales como Earl Hamilton, Robert Smith, B. J. Loewenberg discípulo y amigo de Schlesinger de indiscutible talento investigador y sobresaliente magisterio, y, entre los nacionales, a más de Silvio Zavala, Manuel Toussaint, Daniel Cossío Villegas, Miguel Othón de Mendizabal, Paul Kirchoff, Wigberto Jiménez Moreno, Juan B. Iguíniz, y otros más que relevaron a esa lúcida pléyade. El Colegio fue excelente plantel educacional, algo semejante al Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco que formó a los dirigentes de la Sociedad Indiana. Institución rígida y metódica, trabajo disciplinado y continuo, profuso saber, todo ello dirigido por competentes y abnegados maestros; una relación sólida y cordial entre profesores y alumnos, fueron las características que el Colegio de México, ostentó a partir de 1940 y que hizo posible nuestra formación.

Luego de cinco años de una dirección excepcional, varios de nosotros pudimos gozar de beca otorgada por el Gobierno de la República Francesa para proseguir estudios en las Universidades francesas y realizar cursos de posgrado. El pionero en esta labor fue Pablo González Casanova. Luego de él estuvimos yo, Gonzalo Obregón, Fernando Sandoval, Luis González, Olga Quiroz et sic de caetera, como nos enseñó a decir el maestro Millares. En la Universidad de París, Sorbonne y Altos Estudios, enseñaban hombres prodigiosos. Nos tocó seguir los últimos cursos de Julien Fevre y los iniciales de su discípulo Fernand Braudel. Marcel Bataillon iluminaba el mundo cultural de Europa y de Hispanoamérica; Robert Ricard, mostraba la excelsitud de las culturas hispano portuguesas; Ernest Labrousse nos conducía prudente e inteligentemente al mundo de la economía, Henri Fevre los de la historia social e Irineo Marrou nos abría los senderos del mundo espiritual desde antes de San Agustín y los lineamientos de la historiografía medieval. Asistíamos a las lecciones de antropología y etnología en el Museo del Hombre, asesorado por Paul Rivet y el Dr. Lehman. Estábamos atentos a las lecciones magistrales de Leví Strauss en el Colegio de Francia, leíamos vorazmente en la Biblioteca Nacional y en la Sorbonna, e investigábamos en diversos archivos.

Luis González gozó y aprovechó esa inteligente formación, siguió las normas luminosas de muchos maestros, captó el sentido diverso de las concepciones históricas, por

aquel tiempo inquietantes y variadas, y así, al lado de las tendencias y experiencias universales, formó su pensamiento válido y renovador.

En Guadalajara, en donde realizó sus primeros estudios, tuvo seria y meditada instrucción en la historia mexicana, en la Patria, con el excelente historiador José Bravo Ugarte, cuya enseñanza siempre apreció por precisa, metódica, bien organizada y limpia de prejuicios. En El Colegio las disciplinadas y recias lecciones institucionales de Silvio Zavala, rigourizaron su saber. Con Ramón Iglesias penetró en el encanto de la subjetividad histórica, en el hallazgo de la belleza en los textos y descripciones humanas, de los hombres de todas las épocas.

Su entrañable amistad con Wigberto Jiménez Moreno, hondo conocedor de la historia de todos los pueblos, a los que consideraba como piezas de un eslabón con el cual se podría integrar y conocer la historia general, le acercó al estudio generacional y al de la historia regional, como denominábamos a ese cuidado, minucioso y detenido mundo de la pequeña historia de las villas y pueblos del mundo y de la Patria. Él mismo, originario de una población chica, habitada por seres comunes, ordinarios, pero con ideales y apetencias peculiares, con costumbres tradicionales, con gustos y formas de ser que el tiempo y las urgencias vitales construyen, fue atraído a su estudio. Pueblo, familia, tradiciones, protegen a los seres que en ellos viven. Representan la madre que cobija con inmenso amor a los habitantes desde localidades hermanadas por el suelo, el clima, el cielo. Ese sitio que Luis González denominó la patria, es tan digno de estudio o más que la Patria que es amplio territorio, medio más amplio en que se desenvuelve el hombre que constituye una Nación. Luis, que se impresionó con los estudios geográficos y sociológicos de André Siegfried y que tenían gran atractivo, volcó con gran acierto su atención a esas pequeñas comunidades en las que nacemos y vivimos, y que son entidades afectivas y formativas como lo es la madre.

La bibliografía de la historia regional es amplia y valiosa. Muchos la desdeñan, mas en ella encontramos tanto cultores sobresalientes de imaginación amorosa, como temas peculiares que sólo el tiempo y el lugar pueden ofrecer. Historia e historiadores regionales, provinciales y pueblerinos son abundantes. Grandes historiadores: Alamán, Mora, Zavala, Sierra también fueron de la provincia. Algunos como Carrillo y Ancona, Pérez Verdía, Alesio Robles escribieron páginas brillantes en torno de sus entidades. Fascinantes opúsculos tenemos referidos a un santuario, a una devoción a personajes salientes y sucesos memorables. José Fernando Ramírez, volcó en la ciudad de Durango, las inquietudes existentes en todo el país. Las historias de Xalapa, Morelia, Tulancingo, tienen también atractivo, como las de Celaya, Coatepec, Lagos.

Debemos reconocer que las Historias Patrias aparecen cuando el nacionalismo de naciones, culturalmente hablando, surge como medio de diferenciación y de defensa: Florencia, Nápoles. Nuestras primeras cartillas o catecismos de Historia Patria, se inician con Juan Nepomuceno Almonte, con García Cubas y Rivera Cambas. Cobran fuerza con Guillermo Prieto, tan olvidado como historiador y autor de las atinadas *Lecciones de Historia Patria*. De ahí en adelante, todo el mundo trata de hacer la historia mexicana. *México a través de los siglos* es la obra magna que se convertiría en la fuente de inspiración de cientos de autores y en abrevadero de todos los que desean tener una visión integral del desarrollo histórico de México.

La historia regional, la pequeña, no por falta de información ni de reflexiones, sino por lo sintética, por abreviar en poco pero bueno el conocimiento de una localidad de un

pueblo, es una historia que con diversa reflexión, que cambia con el tiempo y el espacio, describe a un grupo humano en su más íntimo actuar. Es un auténtico retrato de familia, con sus particulares semblantes, trajes, peinados y posturas. Los abuelos apacibles, los padres al centro amparando hermosa parvada de hijos y nietos, cada uno de ellos con un destino y una historia que pocos conocen. El hallar el alma y el sino de cada uno no es tarea fácil. Luis González supo penetrar en esas vidas y mostrarnos, no inmóviles como en la foto, sino vivos, actuando, cada uno movido por sus ideas, gustos, apetencias y querencias. Tal fue el mérito que lleva consigo *Pueblo en Vilo*, esa preciosa narración, a la vez fresca y calurosa, la cual es el paradigma de lo que se ha dado en llamar la microhistoria.

No fue Luis González un maestro más de Historia Patria, por más que la haya aprendido y enseñado con mucho provecho. La analizó con minucia inteligente, con cuidado exquisito, descubrió sus bondades, sentido y estilo, y halló apreciaciones incorrectas, falta de imaginación, poco sentido creativo y analítico. Descubrió que tanto el elogio exagerado como el vituperio, en vez de realzar las virtudes y cualidades de nuestros caudillos, de nuestros gobernantes y dirigentes que no son lo mismo, tendían a momificarlos, a cambiar espíritu, carne y carácter en materia inmóvil, de piedra o bronce. La tendencia nacionalista a perpetuar los fastos patrios mediante la representación, tanto en el papel como en materiales preferentemente indestructibles, los cuales no lo son, como lo hemos visto en la reciente destrucción de las estatuas monumentales, ya sea de bronce o de granito, de Stalin y de Sadam Hussein, le pareció a Luis González, engañosa y nefasta. Ocuparse en los manuales sólo de mencionar acontecimientos de escasa importancia, de ninguna trascendencia, y no atender la génesis y el desarrollo de las ideas, como lo pregonaban los partidarios de los Anales, y que representó otra constante de este penetrante investigador.

Luis cultivó con hondo sentido la historia regional. Sus trabajos, como la historia de Zamora, son un bello ejemplo de la visión totalizadora que poseía. Penetra con gallardía y recio saber en un proceso en el que se remonta muy atrás y en el cual la obra del hombre, su acción definidora, es lo que interesa, lo que atrae, lo que lleva el fluido vital de los hombres de esa tierra, de ese girón de nuestra patria. Luis sabía gozar de la vida. Descubrió y disfrutó el aire y el cielo michoacano y, más que eso, el valor de las ideas con que vivían sus coterráneos. Como gente de campo limpia y sencilla, cultivó el habla coloquial, aquella con que los hombres suelen hablar a sus vecinos, y que constituye el encanto de su prosa, de su narración. Con su discurso sabroso, oloroso a guayaba y a poma rosa, se comunicó con nosotros. No tuvo su palabra el olor de naftalina que tiene la de muchos académicos, sino la frescura del monte y el bizarro olor de las caballerizas. Hombre de firmes convicciones, pudo estimar la obra de varios dirigentes adversos a su credo, pero de acción positiva para la sociedad. Le importó más la acción social y cultural de varios personajes de la Revolución que la lucha cruenta desatada por estériles apasionamientos. Su palabra sincera, justa y siempre bien aplicada, le alejó de los jilgueros de los políticos y le convirtió en un maestro auténtico de nuestra historia, de la que encierra la esencia de un pueblo milenario, esencia que muy pocos pueden percibir.

Si bien Luis González es el autor de *Breve Historia de México* en la cual abrevia el proceso histórico del pueblo mexicano, un tanto a la manera de Alfonso Reyes, a Luis se le deben varios trabajos que unidos representan una amplia historia mexicana. Uno de los primeros, brillante, ágil, luminoso fue el que se refirió al *Optimismo criollo promotor de la In-*

dependencia Mexicana. Este trabajo respondió muy bien al espíritu de Luis, optimista, confiado, constructivo. Alejándose de las interpretaciones que inciden en los males sociales: miseria, explotación, esclavitud, maltrato, Luis reveló cómo en el siglo XVIII los criollos novohispanos movidos por su capacidad e inteligencia y por los progresos materiales e intelectuales de que gozaba el Reino, creyeron positivo un cambio libertario. Más tarde, también en el periodo de la Insurgencia, penetró certeramente en el pensamiento de los emancipadores. El examen que realizó en torno del Congreso de Anáhuac es certero, esclarecedor. Posteriormente, impulsado por Daniel Cossío Villegas, reflexionará con tino y hondura en otro periodo dinámico de gran trascendencia. El liberalismo, la República Restaurada, el Porfiriato, serán analizados con maestría, donosura y atractivamente. El examen minucioso, delicado y justo de la acción presidencial republicana le representó un nuevo tema. Estos y otros estudios, configuran ya una historia general de nuestra patria.

Y por si eso fuera poco, el mundo de los libros, la bibliografía, le atrapó y pudo dejarnos sensatos juicios relativos al desarrollo bibliográfico mexicano. Los pareceres alrededor de las figuras de García Icazbalceta, de Beristain, de José María Andrade, de Nicolás León, son atinados y precisos. Otros trabajos referentes tanto al mundo michoacano como al general del país, cierran el interés de Luis González por la Historia de México, la Patria y la Matria pues no quiso Luis que ésta quedara excluida por motivo ni sinrazón alguna.

Luis González, quien conoció y reflexionó atinadamente en la historia mexicana, pudo como confesor escrupuloso y casuista, adentrarse en las innumerables fallas, deslices, errores, y en los abundantes pecados mortales con que la cubrieron consciente o inconscientemente nuestros «herodotitos». Trató de liberarla de esos terribles afeites, de introducir en su cultivo la asepsia de la verdad, desechando epítetos y tratamientos funestos, y mostrando que una historia clara y limpia engrandece la verdadera narración histórica. Con sabrosa ironía, que él manejaba con tino y frescura sin igual, combatió esos excesos que el nacionalismo ciego, la ignorancia y la mala fé habían inyectado a nuestra historia. Realizó una labor de limpieza remozadora del quehacer histórico de los mexicanos. Cumplió con el lema académico de limpiar, pulir y dar esplendor a la historia mexicana, labor que era ya imprescindible. El suyo no fue trabajo fácil ya que significó estudiar abundante producción, reflexionar acerca de ella y de sus autores, descubrir sus fallas y sus porqués y emitir juicio preciso y válido. No condenó con acritud ni destructivamente, no atacó a las personas sino que con fino sarcasmo mostró errores. Fue el crítico jovial pero certero de la historia existente, la limpió de telarañas ya tradicionales que ostentaba y nos hizo pensar en formas ciertas, bellas y efectivas de construir una historia mejor.

Nacido en San José de Gracia en el año de 1925, ahí terminó su vida el 13 de diciembre de 2003. Se impregnó del sentido universal de la historia, el que aplicó con amoroso esmero, en la relación hermosa de «Pueblo en Vilo».

Como si todo esto fuera poco, hay que agregar que creó en Zamora, nido semejante al materno, el Colegio de Michoacán que tan sapidos frutos ha producido. Su ejemplo nos tienta desde arriba.

Ernesto DE LA TORRE VILLAR
Nabor Carrillo, 173
Olivar de los Padres
01780 México D.F.